



Obra, Veinte mil páginas. 2018

Cuento I

Honorius

Claudia Patricia Arcila Prada¹

Resumen

Honorius es un relato acerca de la memoria. Una mujer adulta regresa al lugar donde transcurrió su infancia a pasar un periodo de vacaciones y se encuentra con su abuelo Honorio, que ha ido perdiendo, gracias a su avanzada edad, la lucidez, pero que sigue seduciendo a su descendencia con historias que no se deciden entre lo fantástico o lo real. En Honorius nos sumergimos en un retrato sensible de una Colombia rural, en la que la memoria, la vejez y las estruendosas risas del abuelo Honorio son el ingrediente principal.

¹ MG en Estudios Artísticos (2019) y Maestra en Artes Escénicas (2015) de la U. Distrital Francisco José de Caldas, facultad de Artes ASAB. Directora y productora del grupo Sociedades Anónimas Teatro. Dramaturga con textos publicados en Colombia y el extranjero.

Habían pasado años, antes de mi regreso a la cálida tierra en donde nació. El regazo tierno de mi madre y el abrazo fuerte de mi padre me recibieron con la alegría y el amor acumulados durante todo ese tiempo. Las tan merecidas vacaciones habían llegado luego del duro trabajo y estudio en la capital.

Mi casa, tan humilde como bella, alberga cada recuerdo de mi infancia, de mis juegos y peleas con tres hermanas que ahora, son ya adultas. Mi casa, conserva también la sabiduría de los abuelos, ellos, ya saturados de una vida larga y en muchas ocasiones dolorosa, estaban sentados sin saber quién era yo, para ellos, era solo una visita más, pero para mí, era un reencuentro maravillosamente afectuoso, era la alegría enorme de encontrarlos vivos, de poder compartir con ellos de nuevo y de agradecerles al tiempo y a la vida esta oportunidad.

El abuelo, un hombre de raza india, de estirpe Pijao, de carácter amoroso pero fuerte, padre de 5 hijos, entre ellos, mi madre, estaba recostado sobre una mecedora, hablando solo, hablando con su abuelo, decía. Enternecida me acerqué lenta, acaricié su frente y le susurré cariñosa al oído: - abuelito, me alegra tanto verte -, él se incorporó y mirándome fijamente soltó una carcajada que retumbó en la casa para luego volverse hacia mi madre y decirle en tono burlón: - hija, esta muchacha dice que soy su abuelo, la pobrecita no se da cuenta que yo tengo 4 años - y continuó riendo mientras señalaba una y otra vez con los dedos de su mano que tenía solo 4 años. Ambas reímos con él.

Llegada la hora del almuerzo, sentados todos a la mesa de madera, conversábamos de cómo había sido

la vida durante estos años. Mis hermanas y padres me preguntaban sobre la ciudad, sobre la universidad, los chicos y cuanta cosa se les ocurría para aprovechar el tiempo juntos, de repente, el abuelo saltó para resguardarse bajo la mesa y empezó a gritar: - ¡escóndanse, vienen los bandidos! - Golpeaba la mesa fuertemente para avisarnos del inminente peligro que se acercaba. Yo, en juego, fui con él bajo la mesa y le pregunté quiénes venían, quiénes eran los bandidos, pero al ver su mirada, mezcla de terror y llanto, callé. - Abuelito- dije, - no te preocupes, nadie viene por nosotros, estamos seguros-.

Él no almorzó más, nos miró y avergonzado se retiró a su habitación.

Así era él, luchaba contra la enfermedad que le quitaba la vida, el aliento, la dignidad y que lo reducía a la condición de loco, él lo sabía y se apenaba de sí mismo. Pero cuando venían los momentos de lucidez, como rayitos de sol en medio de esa oscura cabeza él nos refería historias que hasta ahora no he sabido descifrar cuáles eran reales o hasta dónde llegaba la fantasía, sin embargo, eran historias plagadas de animales fantásticos, de tesoros ocultos o de momentos dolorosos vividos durante el “período rojo” como le llamaba en tono irónico al período de violencia de nuestro país, pues él había militado entre el ejército nacional y los movimientos de oposición, siendo testigo de horribles crímenes.

Esa tarde, luego del incidente en la mesa, fui hasta su habitación para persuadirlo para que almorzara, le dije que ya todos habíamos olvidado lo ocurrido, pero él seguía triste y sin mirarme dijo en voz baja:

- Mijita, los bandidos son una cosa terrible. Usted no sabe de qué le hablo, pero cuando yo tenía su edad,

o tal vez era más chinche, salí a conseguir la leña para el fogón y mi mamá y mis dos hermanas se quedaron en la casa haciendo los quehaceres, lo que una mujer debe hacer y como yo era el varón, a mí me tocaba salir. Cuando regresé, las tres estaban atadas a un palo que era donde atábamos las mulas, estaban sin ropa, llenas de sangre y golpes. En tanto que las soltaba y ellas lloraban me dijeron los horrores que les hicieron, que las habían violado, que las habían golpeado y que les habían dicho que volverían pronto-, el abuelo bajó la cabeza y descubrí en el silencio una lágrima deslizarse por la piel morena y ajada. Guardé silencio y lloré con él. El abuelo prosiguió: - fue ahí cuando tomé la decisión de volverme guerrillero – concluyó.

Le pregunté algo sorprendida:

- Pero abuelo, ¿Los bandidos no eran los guerrilleros?

Él sonrió y ante mi pregunta solo dijo:

- Usted no sabe nada, hija-.

Y tenía toda la razón, yo no sabía nada, de hecho, creo que aun nada sé sobre lo que acontece en las montañas de mi país.

Las vacaciones transcurrían tranquilas bajo el calor de mi pueblo. En las tardes abría la puerta de par en par para que el aire corriera libre por mi casa, para ver los vecinos y saludarlos, para dormir un poco mientras descansaba tranquila en la mecedora. A veces, convidaba a los abuelos a sentarse ahí conmigo pese a las advertencias de mi familia respecto al abuelo, que para mí eran algo exageradas, pero que por supuesto días después entendería.

Un día cualquiera, tomé unos mangos enormes, típicos de mi tierra, ya maduros. Dulces. Deliciosos. Me los había regalado una vecina por mi regreso. Cuando

los estaba pelando para comerlos, sentada en la puerta de mi casa, alrededor de las tres o cuatro de la tarde, mi abuelo se sentó a mi lado y me pidió una porción.

Yo accedí en cuanto pude mientras hablábamos sobre algún recuerdo de mi niñez, seguro llegamos allí porque en la casa de él había árboles frutales de mango, mandarina y anón. Mi abuelo estalló en risa:

– ¿Se acuerda hija, de cuando su hermana y usted se picaron la boca por comerse un puñado de ají? -.

Y claro que yo lo recordaba gracioso. En aquella infancia culpamos al abuelo, él nos consentía demasiado a mi hermana y a mí, éramos sus nietas preferidas y siempre nos tenía algo para comer, de los frutos de la casa o de los que cosechaba en su finca porque mi abuelo era un mago en eso de los cultivos, ahora, nadie me cree que todo lo que él sembraba crecía exuberantemente.

El acontecimiento fue que para aquel día nada había en casa para comer y mientras mi hermana y yo descompuestas en llanto reclamábamos el olvido del abuelo hacia nosotras, pues siempre nos recibía con frutas, él continuó sus labores. En el patio – ahora lo recuerdo - había una pequeña planta de ají rojo, que en aquel momento ni ella ni yo sabíamos qué era y en venganza contra el abuelo – de modo inocente - decidimos comernos esas pepitas de ají.

Recuerdo ahora en lo que quedó nuestro berrinche, pobre abuelo, lidiando con nuestra urticaria. Nunca más se nos ocurrió hacer tal cosa y nunca más el abuelo, mientras pudo, olvidó atendernos con sus frutos.

Entonces me vuelvo hacia él y le digo en broma, abrazándolo: - fue tú culpa abuelo, fue tú culpa- y reímos hasta que un sonido muy particular llegó a nosotros, era el balido de una manada de chivas que pastaban cerca a la casa, ese fue el motivo de su alteración mental en aquel instante.

Inmediatamente el abuelo se puso en pie y yendo tras ellas me decía a gritos que eran las chivas de su abuelo, que él era el encargado de cuidarlas, de protegerlas, que desde que tenía 3 años y ahora 4 él debía responder por los animales. Comenzó a empujarlas para que caminaran y espantadas las chivas emprendieron huida y con ellas el abuelo y con el abuelo yo tratando inútilmente de detenerlo. Él desapareció entre la hierba y los árboles de un lote abandonado. Yo, frustrada volví a casa.

Fueron ocho días los que estuvo desaparecido, mi familia y yo emprendimos desesperada búsqueda, ya por los avisos radiales, ya por el canal de televisión local. Y de mi parte sólo había un enorme remordimiento que me acusaba por la desobediencia a mis padres y no acatar las advertencias de mantener con llave las puertas, de tener cuidado.

Tocó a la puerta un día, abrí y lo vi ahí de pie, respiré hondamente invadida de alegría y tranquilidad por su regreso. Estaba envuelto en ropas raídas, sucias, con zapatos rotos y lleno todo basura y hojas. Apareció sin decir nada, solo llegó directo a la ducha y luego a su habitación. Yo entendí que él estaba tan avergonzado que no quería hablar ni conmigo ni con nadie, entonces solo entré para dejar sobre su cama ropa limpia, zapatos, medias y para deshacerme de lo que él traía puesto.

Mi abuelo preguntó desconcertado:

- Muchacha, ¿de quién es esa ropa tan sucia que lleva ahí? Bote eso, hija. Si mi abuelo ve eso me pega porque él es un hombre duro y muy rico – Reconociendo su desvarío temporal y por conmovida curiosidad pregunté: - ¿Muy rico? -

– Sí, muy rico, mi abuelo es dueño de varios pueblos de la región y tiene muchos cofres llenos de oro en su casa –

- Y, ¿dónde están? Dije interesada no tanto en el oro como en el relato y enternecida escuché su respuesta que me sorprendió en la claridad de su recuerdo

- Nosotros los escondimos cerca al río Amoyá.

Muchacha, ¿Usted sabe por qué el río se llama así?

Respetuosamente le respondí: - No, no lo sé abuelito

- Porque en la época de la conquista – prosiguió- un español lanzó a una muchacha india al río porque no quería dejarse violar, entonces ella para salvarse de morir ahogada gritaba – y aquí mi abuelo pone voz aflautada y grita alargando las últimas vocales de la frase - te amo yaaaaa... te amo yaaaaa... te amo yaaaaa... y por eso el río tiene ese nombre- concluyó

Mi admiración fue expectante, pues en medio de su demencia recordaba esa historia del río que en efecto lleva este nombre y que quizá había escuchado de su abuelo. Entre risas volví a consultarle: - pero abuelito, no terminaste de contar la historia de los cofres de oro del abuelo- dije tratando que retomara la idea inicial

- ¡Ah! – exclamó. Pues que mi abuelo tenía cofres llenos de monedas y barras de oro que nos tocó esconder porque la gente de la región le tenía envidia y como yo era hijo de una india a mí me tocó cargarlos fingiendo ser sirviente, para que nadie sospechara porque si los hacendados, los que parecían señores españoles, veían al abuelo transportando tal riqueza

seguro en el camino le hacían la maldad y lo asal-
taban. Y como yo era brincón sabía que junto al río
había unas cuevas y allí fue donde los escondimos.
Pero mijita, yo casi pierdo la vida en esa aventura...
- ¿La vida? ¿Te descubrieron, abuelo? ¿Qué pasó?
Interrumpí de nuevo emocionada porque durante las
dos semanas que llevaba en casa no había logrado
mantenerlo concentrado en una historia
- Pues que, en el camino, - continuó- yo iba jalando
un cofrecito y otro lo llevaba a cuevas una chiva que
era muy juiciosa y a la que yo quería mucho, ese ani-
mal no se me desprendía ni un segundo. Cuando de
pronto, de pronto, mijita... – el abuelo cambia su tono
de voz, ahora es más grave – yo escuché un ruido
entre los árboles y me fui a mirar qué era y me tem-
blaban las patitas – y me muestra cómo le temblaban
y cómo avanzaba hacia el origen del ruido- y yo, solito
con mi chiva me fui y le dije duro para ahuyentarlo:
- De parte de Dios o del diablo, ¿qué quiere? Y saqué
mi machete – prosiguió - para amenazarlo y que viera
que conmigo nadie se podía meter.

Cuando de pronto veo que sale una chiva negra de
la maleza. Y que por la nariz lanzaba fuego y me
miraba con odio. Y yo cagado del susto me quedé ahí
haciéndole frente porque quién me había mandado
de sapo a preguntar nada. Y cuando me di cuenta la
chiva venía hacia mí y yo la esperaba con mi machete
para darle pelea, pero apenas estuvo cerca se detuvo,
yo creí que, porque yo la había asustado, pero qué
va. Cuando miré al animal me di cuenta que estaba
creciendo mucho, era una enorme chiva negra y
a medida que yo le pegaba con mi machete o con
cuanta piedra encontraba ella seguía creciendo...
- ¿Y qué pasó, abuelo?, pregunté instigada por la
curiosidad de su narración, ¿era el diablo?

- Yo no sé mijita, pero yo creo que sí, porque los indios
de la región eran brujos y practicaban hechizos por
eso mi abuelo y mi mamá no se metían con ellos y
yo creo que se dieron cuenta de lo que llevábamos y
enviaron ese animal para matarme, pero no pudo –
dice mi abuelo victorioso en tono alto, abriendo gran-
demente sus ojos y empuñando su mano derecha,
amenazante – ¡Nadie se enfrenta a Honorio!, porque
contra la protección de Dios nadie puede, mijita, por
eso usted vaya donde vaya debe pedirle al Señor que
la guarde del mal y del maligno...

- Abuelo... y el misterio de la chiva, ¿Cómo terminó?
– a estas alturas los dos habíamos olvidado la historia
de los lingotes de oro y estábamos intrigados por la
chiva maligna

- Pues que como yo me le enfrenté, la chiva se fue,
desapareció en el monte y yo para cerciorarme que
no regresara fui tras ella hasta que no la vi más. Pero
luego de eso mijita, me entró un miedo terrible, casi
que no podía andar ni tampoco la chiva que iba con-
migo podía dar paso, pero como pude me devolví a la
casa a contarle a mi mamá lo ocurrido.

- ¿Y entonces no pudiste esconder ningún cofre? ¿Te
volviste a casa con el oro?

- ¿Cuál cofre, mijita? ¿De qué me está hablando? Yo le
estaba contando era de la época de los godos, usted
está como loquita – dice burlándose de mí mientras
mueve su dedo índice en círculos junto a su oreja
derecha- ahí comprendí que la historia de los lingotes,
los cofres y la chiva negra para mí, se había difumi-
nado. Aún me habita la incertidumbre inextricable
que hay entre la locura y la creatividad.

Esas eran las tardes junto al abuelo Honorio, aunque
a veces no eran tan divertidas ya que en algunas oca-
siones bajo la influencia de los medicamentos o de la
enfermedad se tornaba agresivo y nos confundía con
algún bandido o con un enemigo o con alguien que en
algún momento le había hecho daño y no admitía que

nadie se le acercara, además, como ya lo comprendíamos, evitábamos la cercanía pues aún en su avanzada edad era un hombre de mucha fuerza, un hombre de campo y de guerra que conservaba el vigor de sus años mozos.

Cuando estaba feliz lo escuchábamos cantar un estribillo que le había compuesto a la abuela, su mujer y que más o menos decía así:

Yo tengo una mujer
Que parece una cachama
Chiquita, gordita y colorá
Yo tengo una mujer
Que parece una cachama
Sordita, chiquita y colorá

Debido al contenido del estribillo mi abuela hervía en ira, pero únicamente cuando lo escuchaba ya que como dice la composición del abuelo, su mujer era sordita y había que hablarle al oído casi a gritos. Esto motivaba las peleas de ellos, él no gustaba de andar hablando “a todo pulmón” y ella no entendía lo que él le decía. Razón que finalmente los llevó a separarse. Él fue a vivir con mi madre y ella, insistió tercamente en quedarse en su rancho, luego de un tiempo los hijos decidieron mudarla de allí y por su bien llevarla a casa de mi tía, en Girardot.

Cuando ya casi concluían las vacaciones decidimos ir en familia al río Tuluní, fue una larga discusión para decidir si llevábamos al abuelo o no ya que corríamos el riesgo de que se adentrara en el monte y no pudiéramos detenerlo, de todas maneras y contra todo prejuicio decidimos llevarlo. Él feliz, se embarcó en el jeep y sonreía durante el viaje. Al llegar al río descargamos todo los atavíos y mientras mis mayores cocinaban en la orilla los demás fuimos a nadar

un poco. Tomé de la mano al abuelo y lo convidé a nadar, pero él se resistió y reteniéndome me dijo que era peligroso que yo me metiera al río, que el Mohán me podía arrastrar al fondo hasta que desapareciera. Que al Mohán le gustaban las niñas bonitas. Sonreí gratamente ante el halago y de nuevo me detuve para escuchar otra historia. Aquí los protagonistas eran los seres mitológicos de mi región, el abuelo inició su relato epopéyico así:

-Una vez salimos con Mercedes, su abuela, para el río El Chocho, ella iba a lavar la ropa de una señora que la contrataba para ese oficio, yo iba a acompañarla y de paso a pescar algo. En esos días el río era peligroso para las lavanderas ya que abundaban los desgraciados que las acechaban para hacerles mal pero también porque Mercedes me había dicho de un hombre que salía del río y que la miraba largo rato para luego sumergirse. No dudé ni un segundo en que se trataba del Mohán.

Interrumpí su relato para preguntarle: – ¿Pero el Mohán no es un cuento, abuelo? - queriendo saber su opinión sobre ese ser mitológico.

– El Mohán es un ser que se roba a las mujeres bonitas – continuó - y como su abuela Mercedes era tan bella, con esos ojos tan azules y esa piel tan blanca y esa cabellera dorada, cómo no que quería robármela ese bandido. Y yo me fui preparado para lo que me tocara, pero cuál fue mi sorpresa cuando estando yo concentrado en mi pesca, Mercedes pega un grito y ella y yo vimos ahí sentado al tal Mohán. En una roca grande fumando un chicote...

- Y... ¿Cómo era? – interpeleé curiosa.

- Un hombre grande – dice mi abuelo abriendo los brazos y los ojos ampliamente - todito lleno de hojarasca y de lama – refiriéndose al musgo – con el pelo largo hasta los tobillos... hasta buen mozo...

- Pero y... ¿Te dio miedo?

- ¿Miedo de qué? Yo me le enfrenté para defender a mi mujer y que supiera que ella no estaba sola pero el maldingo desapareció revolviendo tanto el agua que ni Mercedes pudo seguir lavando ni yo continuar con mi pesca, nos tocó irnos de ahí porque eso mija, es peligroso ese hombre lo puede hundir a uno hasta ahogarlo.

Curiosa y poco creyente me metí al agua y disfruté el paseo, pero en cuanto pude fui a visitar a la abuela para corroborar la historia y vaya sorpresa la que me llevé cuando escuché la misma historia, con los mismos detalles de boca de la abuela y de sus amigas que estaban aquel día lavando en el río. Todas lo describieron igual y todas vieron cómo mi abuelo se enfrentó a él. Supongo que eso hizo que mi abuela se enamorara más de él.

Llegado el último día de mis vacaciones, debía despedirme melancólicamente de todos para regresar al caos citadino, miré al abuelo con ternura, con amor y con todo el respeto que nadie pueda imaginarse. Lo miré con dolor, sin saber si esa era la última vez que la vida me permitiera verlo, escucharlo y aprender él y de sus memorias. Lo miré agradecida. Lo abracé con regocijo. Lo besé en la frente y le dije al oído suavemente:

- abuelito, me alegra tanto verte - y su carcajada retumbó en la casa.

FIN

